

exige de él, el *cornaca* (así llaman á su conductor) promete darle arca, ó alguna cosa que le guste: el animal se presta á todo; pero es peligroso faltarle á la palabra, pues mas de un *cornaca* ha sido víctima de esta falta. Sobre este particular sucedió en el Decan un lance, que merece referirse, y que por mas increíble que parezca, sin embargo es exactamente cierto. Un elefante acababa de vengarse de su *cornaca* matándole: la viuda testigo de este espectáculo, tomó sus dos hijos, y los arrojó á los pies del animal, aun furioso, diciéndole: *pues has muerto á mi marido, quitame la vida y tambien á mis hijos*. El elefante se quedó suspenso: se amansó; y como si estuviese arrepentido del hecho, cogió con su trompa al mayor de los hijos; le puso sobre su cuello, le adoptó por su *cornaca*, y no quiso sufrir otro.

«Si el elefante es vengativo, no es menos agradecido. Un soldado de Pondicheri, que acostumbraba llevar á uno de estos animales cierta medida de arca cada vez que le pagaban el pré, habiendo un dia bebido mas de lo justo, y viéndose perseguido por la guardia, que le queria llevar preso, se refugió bajo el elefante, y se durmió allí. En vano la guardia intentó sacarle de aquel asilo, pues el elefante le defendió con su trompa. Al dia siguiente, el soldado, vuelto en sí de la embriaguez, se estremeció al verse tendido bajo un animal de una corpulencia tan enorme: el elefante que sin duda advirtió su terror, le acarició con su trompa para animarle, y le dió á entender que podia marcharse.

«El elefante entra á veces en una especie de locura que le priva de su docilidad, y aun le hace muy terrible: en tal caso se ven precisados á matarle, y á veces se contentan con amarrarle con cadenas gruesas de hierro, con la esperanza de que se amansara. Pero cuando se halla en su estado natural, los

dolores mas agudos no pueden obligarle á que haga mal á quien no le haya ofendido. Un elefante, furioso por las heridas que habia recibido en la batalla de Hambour, corria por medio de los campos, y daba gritos horribles: un soldado que á pesar de las advertencias de sus camaradas no habia podido huir, quizá por estar herido, se hallaba al paso del elefante, el cual temiendo estropearle con sus pies, le cogió con la trompa, le colocó suavemente sobre su cuello y continuó su camino.» He creido no debia cercenar nada de estas notas que acabó de copiar, las cuales han sido comunicadas al marqués de Montmirail por Mr. de Bussy, que ha vivido diez años en la India, y que durante esta larga mansion, ha servido muy útilmente allí al estado y á la nacion. Tenia muchos elefantes á su servicio, los montaba con frecuencia, los veia todos los dias, y tenia oportunidad de ver otros muchos y de observarlos. Así, estas notas y todas las demas que he citado con el nombre de Mr. de Bussy me parece merecen una total confianza. Los profesores de la Academia de las Ciencias nos han dejado tambien algunos hechos que habian sabido de los que gobernaban el elefante de Versailles, y estos hechos me parece deben tener tambien lugar aqui. «El elefante parecia conocer cuando se mofaban de él, y que se acordaba para vengarse, cuando hallaba ocasion. A un hombre que le habia engañado, mostrando que queria echarle algo en la boca, le dió un trompazo que le derribó y rompió dos costillas, despues de lo cual le estropeó con los pies, y le rompió una pierna; y habiéndose arrodillado, le quiso atravesar con sus colmillos, los cuales se clavaron en la tierra á los dos lados del muslo, que no fué herido. Por la misma causa estrelló á otro hombre arrojándole contra una pared. Un pintor quiso dibujarle en una aptitud extraordinaria, que era tener la trompa

levantada y la boca abierta : el criado del pintor para hacerle permanecer en este estado, le echaba fruta en la boca, y las mas veces le engañaba con la accion de echársela; indignóse el elefante, y como si hubiera conocido, que el deseo que tenia el pintor de retratarle era la causa de esta importunidad, en vez de acometer al criado, se dirigió al amo, y le arrojó por la trompa una cantidad de agua con que le mojó, y echó á perder el papel en que le dibujaba.»

«Se servia ordinariamente no tanto de su fuerza, como de su destreza, la cual era tal, que se quitaba con mucha facilidad una gruesa correa doble, con que tenia atada la pierna, desatando la hebilla; y habiéndole rodeado esta con un cordelillo con muchos nudos, los desataba todos sin romper nada. Una noche, despues de haberse desatado así de su correa, rompió la puerta de su habitacion con tal sagacidad que su conductor nada sintió: de allí pasó á varios patios de la casa de las fieras, rompiendo las puertas cerradas, y derribando los tabiques y paredes, cuando no cabia por ellas; y del mismo modo pasó á la habitacion de los otros animales, lo cual los espantó de tal modo, que se fueron todos á esconder en lo mas retirado del parque.»

En fin, por no omitir nada de lo que puede contribuir á hacer conocer todas las facultades naturales, y todas las cualidades adquiridas por un animal tan superior á los otros, añadiremos todavía algunos hechos que hemos sacado de los viajeros menos sospechosos. «El elefante aun salvage, (dice el P. Vicente María) no deja de tener virtudes: es generoso y templado, y cuando es doméstico, se le estima por su dulzura, por su fidelidad á su amo, y su cariño al que le gobierna, etc. Si está destinado á servir inmediatamente á príncipes, conoce su fortuna, y observa una gravedad conveniente á su empleo: si, por el contrario,

se le destina á trabajos menos honoríficos, se entristece, se confunde, y da á entender claramente que se abate á su pesar. En la guerra, al primer choque, es impetuoso y feroz: igualmente lo es cuando se ve rodeado por los cazadores, pero se acobarda cuando es vencido... Pelea con sus colmillos, y nada teme tanto como el perder su trompa, que por su consistencia es fácil de cortar... Por lo demás, es naturalmente, suave, no acomete á nadie, si no le ofenden, parece que gusta de la compañía y sobre todo ama á los niños, los acaricia, y parece que reconoce en ellos su inocencia.»

«El elefante, dice Francisco Pyrard, es el animal que tiene mas juicio y conocimiento; de suerte, que parece tiene algun uso de razon, además de ser infinitamente provechoso y útil al hombre. Si se trata de montar en él, es tan manso, obediente y dispuesto á adaptarse á la comodidad del hombre, y á la cualidad de la persona que se quiere servir de él, que doblándose ayuda él mismo al que quiere montarle, y le soleva con su trompa... Es tan obediente, que se le hace ejecutar todo lo que se quiere, con tal que se le trate con dulzura... Hace todo lo que se le dice, acaricia á los que se le manda, etc.»

«Dando á los elefantes, dicen los viajeros holandeses, todo lo que puede agradarles, se les hace tan mansos y dóciles como á los hombres. Se puede decir que no les falta sino la palabra... Son orgullosos y ambiciosos, pero se acuerdan del bien que se les hace, y son agradecidos en tanto extremo que no se olvidan de bajar la cabeza en señal de respeto al pasar por delante de las casas, en que han sido bien tratados... Se dejan conducir y mandar por un niño, pero quieren ser alabados y estimados. No se les puede injuriar ni mofar de ellos sin que lo entiendan, y los que lo hacen deben estar muy alerta, porque será mucha for-

tuna, si se libran de ser bañados con el agua de las trompas de estos animales, ó de ser arrojados á tierra.»

«Los elefantes, dice el P. Felipe, se acercan mucho al juicio y discurso de los hombres. Si se compara el mono con el elefante, aquel no parecerá mas que un animal muy tosco y muy brutal; y en efecto los elefantes son tan modestos, que no pueden sufrir los miren en el acto de la cópula; y si por casualidad alguno los viese en esta accion, se vengarian de él infaliblemente, etc... saludan doblando las rodillas, y bajando la cabeza, y cuando su amo los quiere montar, le presentan el pie con tal arte, que se puede servir de él como de un escabel.»

«Cuando han cogido un elefante salvaje, y le han atado los pies, el cazador se acerca á él, le saluda, le da excusas por haberle atado, le protesta que no lo hace con fin de injuriarle... le espone que la mayor parte de tiempo tenia falta de alimento en su primer estado, en vez de que en adelante será muy bien cuidado, y que le da palabra de ello. Apenas ha acabado el cazador este discurso lisongero, cuando el elefante le sigue como un manso cordero. Pero no se debe inferir de aquí, que el elefante tiene inteligencia de las lenguas, sino solo que teniendo una perfecta estimativa, conoce los diversos movimientos de estimacion ó de aprecio, de amistad ó de ódio, y todos los demas que tienen los hombres para con ellos, y por esta causa es mas fácil de domar con razones que á golpes ó á palos... Arroja piedras con la trompa muy lejos y muy derechas, y se sirve de ella para echarse el agua con que se lava el cuerpo.»

«De cinco elefantes, dice Tavernier, que los cazadores habian cogido, se salvaron tres aunque estaban rodeados de cadenas y cordeles por el cuerpo, y aun por las piernas. Aquellas gentes nos dijeron una

cosa muy estraña y admirable, si es que se la puede dar crédito; y es que estos animales, cuando han sido una vez cogidos, y han logrado escapar de la trampa, si se les hace entrar en los bosques, siempre están desconfiados, y arrancan con la trompa una rama gruesa, con que van tentando por todas partes, antes de sentar el pie, por si acaso hay algun hoyo, á fin de que no los cojan segunda vez: lo cual hacia desesperar á los cazadores de volver á coger los tres elefantes que se les habian escapado. Nosotros vimos los otros dos elefantes que habian cogido, cada uno de los cuales estaba entre dos de los domesticados, y al rededor de los salvages habia seis hombres con lanzas de fuego que hablaban á estos animales, presentándoles de comer, diciéndoles en su lengua, *toma esto y come*: lo que les daban eran manojos de heno, pedazos de azúcar negro, y de arroz cocido con agua, y muchos granos de pimienta. Cuando el elefante salvaje no queria hacer lo que le mandaban, los conductores ordenaban á los elefantes domésticos que le castigasen, lo que hacian inmediatamente: el uno le daba con la trompa en la frente, y en la cabeza, y cuando daba muestras de revolverse contra él, el otro le golpeaba por su parte, de suerte que el pobre elefante salvaje no sabia lo que le pasaba, y se veia precisado á obedecer.

«He observado varias veces, dice Eduardo Terri, que el elefante ejecuta varias cosas, que parecen mas bien propias del discurso humano, que del simple instinto natural que se le atribuye. Hace todo lo que su amo le manda: si este quiere que asuste á alguno, arremete á él con el mismo furor, que si quisiese hacerle pedazos, y cuando está muy cerca, se detiene sin hacerle ningun daño: si el amo quiere afrentar á alguno, habla al elefante, que cogerá con su trompa agua de algun arroyo, y se la arrojará á la cara: su

trompa está compuesta de una ternilla que le cuelga entre los colmillos: algunos la llaman su mano, á causa de que en muchas ocasiones le sirve lo mismo que la mano al hombre. El Mogol tiene algunos que sirven de verdugos para los reos condenados á muerte: si su conductor les manda que despachen pronto á estos miserables, los hacen pedazos inmediatamente con sus pies; y por el contrario, si les manda que les hagan penar, les rompen los huesos uno á uno, y les hacen sufrir un castigo tan cruel como el de la rueda.

Podríamos citar otros muchos hechos, tan curiosos é interesantes como los que acabamos de referir; pero excederíamos los términos, que hemos procurado observar en esta obra; y ni aun hubiéramos referido tantas particularidades, si el elefante no fuese el primero de todos los animales, por todos respectos, y por consiguiente el que merece mas atención. No hemos hablado nada de la produccion de su marfil, por que Mr. Daubenton nos parece que ha apurado esta materia en su descripción de las diferentes partes del elefante. En ella se puede ver cuantas observaciones útiles y nuevas hace sobre la naturaleza y cualidad del marfil, y al mismo tiempo se verá con gusto que ha restituido al elefante los colmillos y huesos prodigiosos, que se atribuian al mammut. Confieso que yo mismo estaba incierto en esta parte: habia considerado varias veces estos huesos enormes, y los habia comparado con el esqueleto de elefante que tenemos en el gabinete del rey que sabia era de un elefante casi adulto; y como antes de hacer la historia de estos animales, no me persuadia que existiesen elefantes seis ó siete veces mayores, que aquel cuyo esqueleto tenia presente, y por otra parte aquellos grandes huesos no tenían las mismas proporciones, que los huesos correspondientes en el esque-

leto del elefante, habia creído, como el vulgo de los naturalistas, que estos grandes huesos habian pertenecido á un animal mucho mayor, cuya especie se habia perdido ó habia sido destruida. Pero es cierto, como se ha visto en esta historia, que existen elefantes que tienen hasta catorce pies de altura, es decir seis ó siete veces mas corpulentos (porque las moles son como los cubos de la altura) que aquel cuyo esqueleto tenemos, y cuya altura es de poco mas de ocho pies y medio. Por otra parte, es cierto, segun las observaciones hechas por Mr. Daubenton, que la edad muda la proporcion de los huesos, y que cuando el animal es adulto, engruesan considerablemente aunque hayan cesado de crecer; y tambien es cierto, por testimonio de los viajeros, que hay colmillos de elefantes que pesan cada uno mas de ciento y veinte libras (1). Todo esto reunido hace que no dudemos ya que estos colmillos y huesos sean en efecto de elefante. Monsieur Sloane lo habia dicho, pero no lo habia probado. Mr. Gmelin lo dijo aun mas afirmativamente, y sobre esto nos ha dado hechos curiosos, y que hemos creído debíamos referir aquí; pero Mr. Daubenton nos parece ha sido el primero que ha puesto esta verdad en claro

(1) Mr. Eden asegura que midió varios colmillos de elefantes, y los halló de nueve pies de largo: que otros tenían el grueso del muslo de un hombre, y que algunos pesaban noventa libras; se pretende que se hallan en Africa algunos que pesan hasta 120 libras cada uno. Los marineros ingleses trajeron tambien de Guinea la cabeza de un elefante, que Mr. Eden vió en poder de un comerciante, llamado el caballero de Judder, la cual era tan grande, que los huesos solos y el cráneo, sin comprender los colmillos, pesaba cerca de 200 libras; de suerte, que á juicio del mismo autor, debia pesar 500 en la totalidad de sus partes. *Historia general de los viajes*, tom. I. pág. 227. Lopez se divirtió en pesar varios colmillos de elefantes, cada uno de los cuales pesaba cerca de 200 libras.

con medidas precisas, comparaciones exactas, y razones fundadas en los grandes conocimientos que ha adquirido en la ciencia de la anatomía comparada.

Los elefantes cuyas costumbres nos vemos precisados á ir á estudiar actualmente á Ceylan, y á otros climas ardientes, existieron antiguamente en las zonas actualmente templadas, y aun en las frias: sus huesos hallados en Rusia, en Siberia, Polonia, Alemania, Francia, Italia, etc., demuestran su antigua existencia en todos los climas de la tierra, y su retirada escensiva hácia las regiones mas calientes del globo, segun este se ha ido enfriando, de lo cual podemos dar un nuevo ejemplo. El príncipe de Porentrui, obispo de Basilea, se ha servido enviarme un diente molar, y otros muchos huesos de un esqueleto de elefante, hallado en las tierras de su principado, á muy mediana profundidad; y hé aquí lo que se dignó escribirme, con fecha 15 de mayo de este año de 1780.

«A seiscientos pasos de Porentrui, y á la izquierda de un camino real, que acabo de hacer construir, para la comunicacion con Befort, al escavar el flanco meridional de la montaña, se descubrió el verano pasado á algunos pies de profundidad, la mayor parte del esqueleto de un animal muy corpulento: con el aviso que me dieron, pasé en persona al mismo parage, y ví que los obreros habian ya hecho pedazos varias piezas de este esqueleto, y se habian llevado algunas de las mas curiosas, entre otras la mayor parte de un colmillo muy grande, que tenia cinco pulgadas de diámetro en la raiz, con mas de tres pies y medio de largo; lo que hizo juzgar que aquel esqueleto no podia menos de ser de elefante. Confieso que no siendo yo naturalista, apenas pude persuadirme que fuese así: sin embargo, observé algunos huesos muy grandes, y particularmente el del omoplato, que luce desenterrar; y ad-

vertí que parte del cuerpo del animal, cualquiera que fuese, estaba en un peñasco, y parte en una porcion de tierra que habia en el hueco de dos peñas, y que la parte situada en la peña estaba petrificada; pero la que estaba en tierra, era una sustancia menos dura que lo son ordinariamente semejantes huesos. Trajéronme un pedazo del colmillo que habian hecho pedazos al sacarlo de aquella tierra en que se habia ablandado: la capa exterior se parecia bastante al marfil, lo interior era blanquizco y como jabon; y habiendo quemado corta porcion de él, y despues otra, dieron un aceite de un olor casi igual. Todos los pedazos del colmillo primero, espuestos por algun tiempo al aire, se redujeron insensiblemente á polvo.

«Me ha quedado un pedazo de la mandíbula petrificada, con algunos de los dientes pequeños: los he hecho ver á Mr. Robert, geógrafo ordinario de S. M.; quien habiendo manifestado que este pedazo de historia natural no seria indigno de la bella coleccion que hay en el gabinete del rey, le dije que la podia ofrecer á vmd. de mi parte, y tengo la honra de enviársela.»

En efecto, recibí este pedazo, y no pude dejar de manifestar mi agradecimiento á aquel príncipe, amigo de las letras, y de los que las cultivan. El pedazo es realmente una muela muy gruesa de elefante, mucho mayor que las de los elefantes que hoy existen. Añadiendo este descubrimiento á todos los que hemos referido de esqueletos de elefantes, hallados bajo de tierra en diferentes partes de Europa, de los cuales nos indica un número todavía mayor la nota adjunta que nos comunica Mr. Bexon, quedaremos convencidos de que hubo tiempo en que nuestra Europa fué patria de los elefantes, como tambien el Asia septentrional; donde se encuentran sus despojos en tan gran cantidad. Lo mismo debió de suceder con

los rinocerontes, los hipopótamos y los camellos; se pueden observar entre las *argalis* ó pequeñas figuras fundidas, sacadas de los sepulcros antiguos, hallados en Siberia, las del hipopótamo y del camello, lo cual prueba que estos animales, actualmente desconocidos en aquella región, subsistian en ella antiguamente. El hipopótamo, sobre todo, debió retirarse el primero y casi al mismo tiempo que el elefante y el camello, y aunque menos estrangero de los países templados, sin embargo, no es conocido en este país de Siberia, sino por los monumentos de que acabamos de hablar, lo cual consta por el testimonio de los últimos viajeros.

Los rusos, dicen estos, pensaron que los camellos serian mas á propósito que otros animales para el trasporte de víveres de sus caravanas en los desiertos de la Siberia meridional; y en consecuencia hicieron llevar á Jakutzk un camello para ensayo de su servicio: los habitantes del país le miraron como un mónstruo, que los espantó mucho. Las viruelas empezaban á hacer estragos en sus aldeas: los jakutes imaginaron que el camello era la causa del contagio, y se vieron precisados á devolverle: el camello mismo murió en el camino, y se juzgó con fundamento que aquel país era demasiado frio, para que pudiese subsistir, y mucho menos multiplicar. Es preciso, pues, que estas figuras del camello y del hipopótamo se hiciesen en aquel país, en tiempo en que se tenia aun algun conocimiento y memoria de estos animales. Sin embargo, observaremos por lo que hace á los camellos, que pudieron ser conocidos de los antiguos jakutes, porque Mr Guldenstaël asegura que actualmente los hay en gran número.

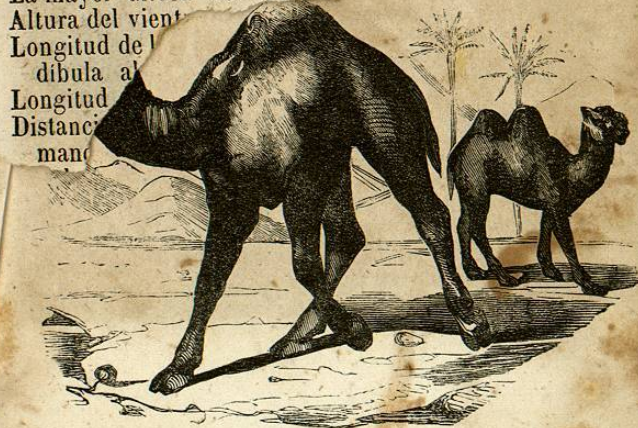
La elefanta, que se enseñaba en la feria de San German en 1773, tenia siete pies, ocho pulgadas, y cinco líneas de largo, seis pies, seis pulgadas y dos lí-

neas de alto, y que solo era de tres años y nueve meses. Aun no la habian salido todos los dientes, y sus colmillos no tenian mas que siete pulgadas, y siete líneas de largo. La cabeza era muy gruesa, los ojos muy pequeños, y el iris de color pardo oscuro. La masa de su cuerpo tosca y rolliza, parecia que variaba á cada movimiento; de suerte, que este animal parece ser mas disforme en su primera edad que cuando es adulto; la piel era muy morena, y muy poblada de arrugas y pliegues: las dos tetas con sus pezones muy visibles están colocadas con el intervalo de las dos piernas delanteras.

## DIMENSIONES DE ESTE ANIMAL.

	Pies.	Pulg.	Lins.
Longitud del cuerpo medido en linea recta. . . . .	7	8	
Altura del cuarto delantero. . . . .	5		
Altura del cuarto trasero. . . . .			
La mayor altura del cuerpo.			
Altura del vientre.			
Longitud de la mandíbula anterior.			
Longitud de la mandíbula posterior.			
Distancia entre las mandíbulas.			

de  
rej.  
tud.  
nes



El Dromedario

El Camello.

Pies. Pulgs. Líns.

	Pies.	Pulgs.	Líns.
Altura de la oreja. . . . .	1	4	9
Circunferencia del cuello. . . . .	6	3	11
Circunferencia del cuerpo detrás de las piernas delanteras. . . . .	8	11	4
Circunferencia del cuerpo delante de las piernas traseras. . . . .	8	11	7
Circunferencia del cuerpo en lo mas grueso. . . . .	9	4	3
Longitud del maslo de la cola. . . . .	2	5	7
Circunferencia de la cola en su origen. . . . .	1	4	0
Longitud del brazo desde el codo al puño. . . . .	2	5	9
Ancho de lo alto de la pierna. . . . .	2	2	3
Longitud del talon hasta la punta de las uñas. . . . .	0	10	4
Ancho del pie delantero. . . . .	0	9	7
Ancho del pie trasero. . . . .	1	0	2
Longitud de las uñas mayores . . . . .	0	1	11
pezaban a ellas. . . . .	0	3	6
imaginaron que la trompa estendida. . . . .	0	4	5

y se vieron precis. comparando el macho y la hem-  
murió en el camino, y supiendo que las formas de la  
aquel pais era demasiado frio, para que las formas de la  
sistir, y mucho menos multiplicar. Es pre las del ma-  
que estas figuras del camello y del hipopótamo: so-  
ciesen en aquel pais, en tiempo en que se tuenás, á  
algun conocimiento y memoria de estos animales mas  
embargo, observaremos por lo que hace á las re-  
llos, que pudieron ser conocidos de los antiguos ja-  
kutes, porque Mr Guldenstael asegura que actual-  
mente los hay en gran número.

La elefanta, que se enseñaba en la feria de San  
German en 1773, tenia siete pies, ocho pulgadas, y  
cinco líneas de largo, seis pies, seis pulgadas y dos lí-



El Rinocernte.



El Dromedario

El Camello.

mas indiferente , y mucho menos tratable que esta hembra. En el estado de reposo, la verga no se descubre absolutamente á lo exterior: el vientre parece estar del todo raso , y solamente cuando el animal quiere orinar, es cuando la estremidad sale de su estuche. Este elefante macho, aunque casi tan jóven como la hembra, era, como acabo de decir, mucho mas difícil de gobernar: procuraba tambien asir con su trompa las gentes que se le acercaban, y muchas veces arrancó los bolsillos, y faldetas de los vestidos de los curiosos. Sus mismos amos se veian precisados á tomar con él ciertas precauciones, en vez de que la hembra parecia obedecer con gusto. El único momento en que dió muestras de enojo fué al tiempo de meterla en su cajon de viage. Cuando quisieron hacerla entrar en este cajon, rehusó marchar, y solo á fuerza de violencia y de punzadas que la daban por detrás, la precisaron á entrar en aquella especie de jaula, que servia entonces para trasportarla de pueblo en pueblo. Irritada de los malos tratamientos que acababa de experimentar, y no pudiendo revolversse en aquella estrecha prision, tomó el único medio que tenia de vengarse, que fué llenar su trompa de agua y arrojar como un cántaro al rostro y al cuerpo del que mas la habia acosado.

## EL RINOCERONTE.

Despues del elefante, el mayor ó mas corpulento de todos los cuadrúpedos es el rinoceronte, el cual tiene, por lo menos 14 pies de largo desde la estremidad del hocico hasta el origen de la cola , siendo su